

DIARIO DE UN CAMPAMENTO EN LA VEGA DE ENOL (Picos de Europa)

POR ANTONIO SAINZ ECHEVERRIA

AGOSTO, 9.—Lo que aquí se está guisando, va a ser digno de ser anotado. Es fácil que, aunque nosotros no podamos contarlo, la agenda se salve. Y es que nada nos tiene que fallar si queremos llegar a los lagos. Ni el chófer que nos ha cogido en Covadonga —recuerdo de James Dean en todos sus aspectos—, ni la dirección del azulito autobús, ni, sobre todo, nuestro venerado Angel de la Guarda, de quien nos acordamos con mimosas y suplicantes ternezas todos los encerrados en este cajón con muchas probabilidades de convertirse en ataúd y sus ocupantes en fiambres.

La cuesta es interminable. El autobús, según cálculos de los matemáticos de turno, asciende a cinco a la hora. Nos debe faltar poco ya para llegar al lago de Enol. ¿Por qué será que por momentos va haciéndose un silencio que impresiona? Solamente hablan el autobús y su dueño, que —¡suerte perra la nuestra!— ¡¡¡es el chófer!!! «¡Tú, mira pa'lante!» Y es que a este chófer —¡también es manía!— le gusta hablar con el de atrás. Y cómo será la carreterita del demonio, que ya nadie habla. Silencio. Todos pensamos lo mismo: en lo estrecho de la carretera, en lo profundo de los barrancos, en lo negra que está la noche y en lo corta que puede resultar la vida.

Y ahora lo que nos faltaba: lluvia. Y de las gordas. Las mochilas viajan en el techo del autobús sin un mal toldo que las tape. Los relámpagos nos alumbran fugaz pero constantemente. Se ven caras de miedo, cristales en donde se achatan y resbalan gotazas de grueso calibre, un lago, un letrero que dice: «A la Vega de Enol, 500 metros», y, ¡por fin!, entre relámpago y trueno y trueno y relámpago, unas tiendas de color naranja...

AGOSTO, 10.—Amanezco hecho un cuatro. He pasado la noche en el autobús. Nuestros sacos de dormir se mojaron durante el diluvio de bienvenida y, por otra parte, era difícil montar la tienda bajo aquel aguacero y a oscuras.

Con las primeras luces del día monto la tienda. Las montadas durante la noche quedan mal orientadas, pero como forman calle, no quiero desentonar y ¡hala! a colocarla mal.

El tiempo cambia y la representación vasco-navarra se dedica a ordenar sus cosas. El aire huele a carburo mojado, a calcetín ídem, a sacos chirriados y a sestas. Pero el sol zumba bien. Se nos secará todo muy pronto.

La gente de nuestro autobús se encuentra un poco mojada pero sin novedad. Consigo datos para la pequeña historia de este XVIII Campamento de la F. E. M. La embajada que preside Pedrotxo Otegui está compuesta por un montañero del